

11. P. Benito Feliu



El P. Benito Feliu nació en Mas de las Matas (Teruel) en 1732. Discípulo del colegio de Alcañiz, donde vistió la sotana escolapia en 1747. Hizo el noviciado en Peralta y allí profesó en 1748. Estudió filosofía en Daroca y teología en Valencia con sumo aprovechamiento. Mandado a Roma, estudió en la Sapienza (1755-1757) lenguas orientales y cánones, y en ella se doctoró. Fue profesor de filosofía y teología de los juniros escolapios. En Valencia, fundó con el Arzobispo Mayoral el Seminario Andresiano (1776) y escribió sus Constituciones. Asistió al Capítulo General de Roma (1772). Fue Rector del colegio de Valencia (1772-1778). Calificador del Santo Oficio (1777). Rigió como

Provincial la Provincia de Aragón (1778-1781), fijando su residencia en Valencia. Propuesto para Obispo de Valencia, renunció. Dos veces rechazó el episcopado: una en Roma, que le ofrecía el Cardenal Portocarrero, tras sus brillantes exámenes de doctorado, y otra en Valencia. En este último caso aconsejó se nombrase a su hermano de comunidad P. Melchor Serrano. Se ha dicho, con razón, que es el P. Feliu el escolapio más ilustre de la Provincia de Aragón. Falleció en Valencia en 1801.

Es autor de numerosas obras, en diferentes campos. Hemos elegido el Prólogo de su “Arte del Romance Castellano”, uno de los primeros intentos serios de presentar la historia y la gramática de nuestra lengua. Tomamos un volumen de nuestra Biblioteca Provincial, editado en Valencia, Benito Monfort, en 1769. El libro Primero consta de 184 páginas; el Segundo, de 222.

PRÓLOGO

Las lenguas han seguido la condición de los Pueblos que las han hablado. Una lengua es tanto más excelente en riqueza de palabras, variedad y artificio de colocarlas, y en ingeniosas y agradables frases o maneras de hablar, cuanto ha sido la Nación que la ha cultivado mayor en grandeza de ánimo, fuerza de ingenio, elegancia de costumbres y extensión de imperio. Y aunque nuestros Padres se gloriaban más de ilustrar la Patria con hazañas que con escritos, estimando mejor obrar como Héroe que hablar como Elocuentes, sin embargo, puede con razón decirse que no fueron aún en este género inferiores a los pueblos más esclarecidos de Europa.

No ha habido jamás Imperio más grande y dilatado que el Español en el Siglo decimosexto, y este mismo es el de la grandeza y perfección de nuestra lengua. De aquí nace la dificultad de sujetarla a reglas, y de manejarla con la luz que corresponde para instruir en ella a los que la estudian. Ha tomado sus palabras de todas las lenguas eruditas: Latina, Griega, Árabe, Fenicia, Hebrea, y también de las modernas Italiana y Francesa, y a todas ellas es menester recurrir para su manejo.

Sus maneras propias, y aquel aire de hermosura y gravedad que forman como su carácter, porque nace del genio original de la Nación: todo aumenta la dificultad de conocer el valor de las voces y la variedad de su construcción o encadenamiento para formar la Oración. Y aun cuando después de muchas observaciones se quisiesen formar reglas, sería su muchedumbre embarazosa. El Arte consiste en enderezar el hombre hacia el fin, haciéndole el camino más breve y más llano. Para poderlo conseguir he creído se debían reducir estas reglas u observaciones a ciertos principios de donde se derivan, dándoles por este medio claridad y orden. Se han de imitar los buenos Físicos, que unen diferentes experiencias, y fundan sobre ellas un sistema que la reduce a un común principio. Así se abrevia el camino, porque los principios generales siempre son pocos y sencillos, y se desembaraza al entendimiento; porque le es tan fácil el saber por razón y ciencia cuanto penoso le es aprender solo por práctica y uso.

Por tanto, he procurado formar el Arte de nuestro Romance mostrando primero su origen, progresos, grandeza y perfección según sus diferentes épocas, para que se entienda la hermosura de este edificio y las causas y partes de que se compone. Con esto se podrá recurrir a la lengua madre cuando se duda de la legitimidad del vocablo y de su significación propia y nativa. Se

podrán comparar sus diferentes estados, para que lo perfecto y elegante brille más y se haga más perceptible junto a lo imperfecto e informe. De aquí era necesario dar noticia de aquellos escritos en que debemos ejercitarnos para el verdadero conocimiento del habla, y que debemos mirar como grandes modelos para perfeccionarnos en ella, observando al mismo tiempo la época a que pertenecen, para notar por ella las diferencias que corresponden.

Para tratar después de las diferentes partes de la oración y analogía de las voces, he observado sobre nuestros autores originales y reglas de nuestros gramáticos lo que me ha parecido conveniente, y para hacer un cuerpo de Arte unido y regular, he cuidado indagar y proponer aquellos principios de donde nacen, omitiendo la Teoría de menudas reglas, que solo oprime el entendimiento sin esclarecerlo. Trata el tercer libro de la construcción o coordinación de las partes de la oración, en cuanto unas dependen de otras, lo que se llama Sintaxis, atendiendo más a las causas de la concordia y regencia, y a los principios generales de donde procede esta variedad de partes para formar el razonamiento ajustado y legítimo. Hay principios generales y comunes a todas las lenguas, especialmente a la Española y Latina, con la Italiana y Francesa, y en cuanto se trata en estos dos libros, está notado lo que basta para enterarse a un mismo tiempo de las nociones fundamentales de todas estas lenguas, y de lo particular de nuestro Romance. Todas las reglas están explicadas y confirmadas con ejemplos de nuestros Autores clásicos, en quien se halla el verdadero uso del Romance. He reducido la Prosodia a un solo capítulo, y en pocas reglas se comprende todo. En la ortografía, puestos los principios fundamentales con el grande restaurador de las letras Antonio de Nebrija, he reducido las reglas de la buena escritura Española, y por ella se conocen los muchos abusos que se han introducido en esta parte, y cómo se han de enmendar y corregir.

Este es el método que me he propuesto seguir, imitando al de Francisco Sánchez de las Brozas en su *Minerva* sobre la unión de las partes de la oración Latina, por la cual mereció ser llamado Padre de las Letras y Restaurador de las Ciencias, y en el día es seguido universalmente, con singular honor y gloria de nuestra Nación, de todos los extranjeros y hombres sabios de nuestro siglo, habiéndole casi copiado Vossio, y explicado Sciopio y Perizonio, como también el célebre Lanceloti, autor del nuevo método de Puerto Real. He observado con cuidado y aprecio, para dar los principios con mayor determinación a nuestro Romance, las Artes de la Lengua que doctamente compusieron Antonio de Nebrija, y después con más extensión el Maestro Juan Miranda, con las de Bartolomé Jiménez Patón y Gonzalo Correas, que resumieron a Nebrija, y sobre todas la de Don Benito Martínez Gómez Gayoso, digno de todo elogio. Tiene principalísimo lugar en esta clase D. Gregorio Mayáns por muchos escritos suyos utilísimos a este fin, y señaladamente por su *Retórica Española*, obra de inestimable precio para la elegancia Castellana. Por el contrario, están llenas de graves errores las Gramáticas de Francisco Sobrino y las francesas de M. César Oudin y la de M. de Vayrac, hechas para aprender la lengua Española a uso de los extranjeros.

No obstante estas gloriosas fatigas de nuestros Mayores en el cultivo de la lengua, están todas las Gramáticas muy defectuosas en reglas, en observaciones y especialmente en principios generales. Los ejemplos, muy escasos; y poca o ninguna noticia de los Autores originales y de las fuentes de nuestra lengua, y de nuestro modos particulares de hablar. Me he propuesto suplir lo que me ha parecido necesario, omitiendo lo menos útil, persuadido de aquel dicho de Quintiliano I. i. c.8 *de sus Instit.* Es parte de la ciencia de un Gramático el saber que hay cosas que no merecen saberse. Cuento en este número muchas excepciones, que para los que saben derivar las reglas de sus principios, lo son solo en la apariencia pero no en la verdad, y así sería inútil y aún dañoso cargar la memoria de ellas cuando están ya comprendidas en la regla general.

La brevedad con que se explican estos principios, y la confirmación del uso de las reglas con abundancia de ejemplos de buenos Autores de nuestra lengua da bien a entender que la Gramática sin la lectura y manejo continuo de las obras originales del buen Romance sería de poco provecho. Se ha de aprender el Arte, sí, para hablar bien; pero no basta él solo para ser un buen Romancista. Ni la lección de los buenos libros Españoles sin el Arte, ni el Arte sin la lección de los libros Españoles. Para hacer una casa es menester formar el plan y sentar los cimientos, pero si nunca se hace más que los cimientos, jamás edificará la casa. No se remediaría la falta de lectura de bueno Romancistas aprendiendo ciertas listas de frases, de modos elegantes de hablar y de

refranes, porque esto causaría otro daño muy perjudicial, es a saber: un lenguaje afectado y compuesto, apartado enteramente de la naturalidad y sencillez, sin la cual no puede hallarse la verdadera elegancia. No haría un montón de piedras, aunque por otra parte bien labradas, una casa; ni muchas frases y modismos desconcertados y de montón harán el buen Romance y el debido razonamiento. Conviene, pues, acostumbrarnos, guiados de las reglas, a leer diligentemente las obras de los buenos Autores, y notar en ellas el artificio maravilloso que guardan en su lenguaje, o ya en la elección, o en el adorno o en el concierto de sus expresiones y de sus palabras, para hallar el buen estilo y como la simetría del razonamiento.

Vicia mucho el habla el hacer esta lectura a los principios indiferentemente sobre cualquier Escritor. Los modelos y Patriarcas del Romance son por consentimiento de todos los hombres doctos de la Nación D. Diego de Mendoza, Garcilaso de la Vega, Juan Boscán, el Maestro Fray Luis de Granada, el Maestro Fray Luis de León, el incomparable Teólogo Benito Arias Montano, D. Fernando de Herrera, D. Alonso de Ercilla, Pedro Rúa, D. Esteban Manuel de Villegas, Gonzalo y Antonio Pérez, los hermanos Argensolas, D. Diego de Saavedra, Miguel de Cervantes. El hombre ilustrado por las reglas del Arte cogerá a manos llenas los frutos de la elegancia Castellana, tratando noche y día las preciosísimas obras de estos Escritores.

De cuánta importancia y necesidad para todos sea este estudio, no se puede decir en pocas palabras; se da alguna idea de ello en la oración que va al fin añadida a este propósito. La lengua es como la puerta de nuestra alma: si ella no está bien labrada, se argüirá la rudeza de la casa por dentro. Se deberá poner desde luego el Arte del Romance en las manos de los niños, para que empiecen a declinar y a conjugar, y tomen poco a poco conocimiento de cada una de las partes de la oración; y muy a los principios convendrá aprender las reglas de la Ortografía, para acostumbrarse a escribir bien antes de iniciarse con la lectura de libros mal escritos. Es de mayor utilidad unir el estudio de Romance en las Escuelas de Latín. El conocimiento de la una lengua contribuye maravillosamente al de la otra, porque estando ambas tan estrechamente enlazadas como Hija y Madre, se camina a la par en su estudio y adelantamientos. No solo se han de comparar las voces Latinas con las Españolas, sino también el modo de entrar en la oración y del regimiento de los casos, para entender más bien la uniformidad con que ordinariamente proceden. Así será fácil observar como de paso los modismos y frases de cada una según su especial carácter y gracias propias, de que abunda el Castellano. Por la misma razón será muy oportuno hermanar las materias y Autores Latinos en que se ejercitan los de las Aulas de Gramática, Humanidad y Retórica con la lección de los Autores Españoles, en que se han de ejercitar para el buen Romance, y con esto no solo se adelantará mucho más en ambas lenguas, sino que también se aficionaran los niños y tomarán el gusto de los diferentes asuntos, como de la Historia, de la Poesía, del Apólogo, de las Cartas, porque entenderán fácilmente el artificio de una pieza en la lengua propia, pero con dificultad en la extranjera, por más que los Maestros se esfuercen en la explicación. En consecuencia, se pondrá en manos de los Estudiantes al mismo tiempo a Fedro con el *Asno de Oro* de Apuleyo, o la traslación antigua Castellana de las *Fábulas* de Esopo; Cornelio Nepote, o a Salustio con las *Guerras de Granada* de Mendoza; a las obras de Cicerón con las de Luis de Granada; las de Ovidio con *Los Pastores de Belén* de Lope de Vega, y *La Araucana* de Ercilla; a Virgilio con Garcilaso; a Horacio con el Maestro León y los Argensolas, y así en los demás, singularmente en los estudios de Humanidad y Retórica es más importante unir las piezas Españolas y Latinas de un mismo género para la sólida instrucción de los Jóvenes.

Pero no solo a estos que frecuentan las Escuelas de Latinidad se dirige esta Gramática, pues deseo con ansia que todo buen Español sepa su lengua por principios y por razón, en tiempo en que cada Nación de la Europa dicta la suya propia por ellos, y se sabe lo mucho que importa al Estado formar a sus Ciudadanos en el Patriotismo, y que este es uno de los medios poderosos. El fundamento para la renovación de todas las Artes, Letras y Ciencias es el cultivo de la lengua propia, y sin el estudio serio del Arte del Romance no sé desterrarán los abusos que se han introducido en el habla y en la escritura. ¿Quién hay que no se vea en la precisión de escribir una carta? ¿De presentar un discurso, un razonamiento ajustado? Toda persona bien nacida de uno y otro sexo que desea ser útil y tener alguna reputación de buena crianza, debe saber el Arte de su lengua. Las Religiosas en sus Conventos, las Señoras en sus Casas, tienen mucha ocasión de aplicarse a este precioso y amable estudio, para saber hablar y escribir correctamente, y aun para

extender el ánimo y formarse al raciocinio, deduciendo las reglas legítimas de sus principios fundamentales y acostumbrándose a discernir entre lo verdadero y lo falso y aparente. Con este fin he procurado tratar las materias con orden y claridad, deseando ser útil a la Nación en este Arte de su lengua.